

La llegada de Cristóbal Colón a nuestro continente representó el primer encuentro entre dos partes del mundo: Eurasia y África y las Américas. Hoy no es fácil que pensemos sobre la idea de Iberoamérica como el resultado de la confluencia de cinco siglos de interacciones mutuas. El concepto de Iberoamérica como región o identidad contrasta hoy con la fragmentación que viene caracterizando el difícil cotidiano de los antiguos bloques políticos como Yugoslavia, Checoslovaquia y la Unión Soviética. De manera simultánea, se constata la vigencia de una economía con tendencias a una nueva división internacional del trabajo, en busca de una rápida integración planetaria por medio de la consolidación de las estructuras empresariales mundiales, cuyo ajuste acelera la universalidad de la producción, distribución, acumulación y consumo de bienes materiales.

Se sabe que Colón atravesó el Atlántico en busca de Oriente, donde según la imaginación del navegador, se hallaría el paraíso terrestre. Encontró América, que abrió el camino a los conquistadores europeos. Esa América, cuyos nativos ignoraban en conjunto, se balcanizó en la época colonial en diferentes regiones, cada una dependiente y orientada única y exclusivamente hacia su metrópoli. El paraíso mítico se dividía, se formalizaban los caracteres específicos de cada una: hispanoamericana, lusosamericana, afroamericana, anglosamericana. América en su totalidad se desintegraba. Las migraciones transoceánicas de los siglos 19 y 20 alimentaron más aún el caldo de cultivo en diferentes partes del continente americano, describiendo un cuadro de nuevas convivencias y conflictos.

### LA VISION DE FUERA

América Latina, en sus particularidades y diversidades, es una gran región y un conjunto de



Iglesia de Altamira, Uruguay. Dip. Ezeilo Cherni, 1979

subregiones, donde la cuestión de la atribución de la identidad, o identidades, es problemática. Creo que debe estar superado el entendimiento de que el arte colonial de nuestra región sea una excentricidad del barroco europeo, que exija justificación, juicio propio de la ortodoxia de visiones contrarias a la diversidad. No obstante, no descarto una perspectiva de esta naturaleza ante las miradas menos esclarecidas de nuestras realidades.

Los valores arquitectónicos del

primer mundo, tomados como puntos de referencia indiscutibles, alineados en una teoría explicativa de carácter evolucionista, son capaces de situar el «avance» o el «atraso» de las manifestaciones fuera de la órbita directa de los autores de esos criterios de evaluación. En un proceso semejante el determinismo climático califica el valor de estas manifestaciones. Se elogiaba la arquitectura brasileña por ser una «excelente «arquitectura tropical». Es importante que se sepa, que nunca



Hospedaje de la Biemsa, Valparaíso, Chile. Ciudad Alberta, 1981-89

Hugo Segawa es arquitecto, integra el cuerpo editorial de la revista *Proyecto* y tiene ensayos publicados en revistas y libros de varios países.



Casa Cozzi, la Boca, Port. Arg., Juan José Basso, 1928-34

se elogió la obra de Mies van der Rohe por tratarse de una óptima «arquitectura templada». Clasificar y justificar «extravagancias» arquitectónicas (extravagancias puesto que pertenecen a un universo externo, desconocido para el que así lo juzga) como consecuencia de una etapa evolutiva o por la localización geográfica es eliminar las diferencias, tratando de reducir lo extraño a lo familiar con la mediación de una hipotética inferioridad organizada para justificar superioridades y corpezas. Esta práctica simplista elimina diferencias que muestran un pensamiento y una actitud orientados a opciones y alternativas.

#### INTEGRAR UNA REGION

El regionalismo crítico fue una idea que repercutió a mediados de los años 80 en los medios arquitectónicos, sobre todo con el proselitismo del crítico e historiador Kenneth Frampton. Este concepto estipulaba un amplio esquema para las manifestaciones arquitectónicas diferenciadas de los llamados centros hegemónicos. En este contexto, Oscar Niemeyer, Alfonso Eduardo Roa, Amancio Williams, Clorinto Testa y Carlos Raúl Villamueva son manifestaciones del regionalismo crítico, según lo explicado por Frampton.

No pretendo aquí retomar el sentido de estas ideas. El arquitecto chileno Cristián Fernández Cox ya ha hecho una lúcida y esclarecedora reflexión al respecto, desde el punto de vista de un latinoamericano (véase «¿Regionalismo Crítico o Modernidad Apropriada?»).

Frampton ha atribuido al regionalismo crítico una potente fuerza ideológica: «Entre las condiciones previas para que surja la expresión regional crítica no es suficiente la prosperidad, sino también que exista un fuerte deseo de realizar una identidad. Una de las causas de la cultura regionalista es un sentimiento anticentrista, una aspiración a alguna forma de independencia cultural, económica y política». Esta visión no concuerda con el pensamiento de un representante típico del «regionalismo crítico», el ingeniero uruguayo Eladio Dieste. El ha escrito «no se puede proponer como programa el hacer una arquitectura

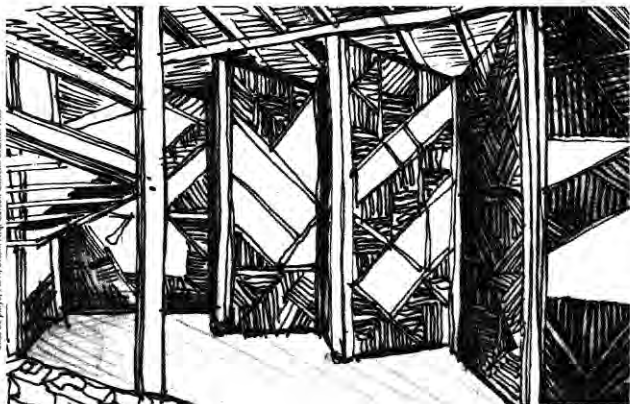
nacional, porque no tiene sentido. Una arquitectura con fuerte personalidad no ha sido nunca el resultado de proponérsela como fin. La gente construye catedrales en la Edad Media y no se proponía hacer un arte medieval, sino resolver de manera congruente con sus propósitos y sueños y utilizando las técnicas que tenían. Me parece peligrosa y errónea por principio, toda arquitectura que busque lo folclórico. La fuerza de mucha arquitectura espontánea está en la perfecta inocencia con que ha sido resuelta». La posición de los dos tiene una correspondencia opuesta: Frampton ve el regionalismo crítico como una

intención programática, mientras Dieste, sin caracterizarlo propiamente, lo identifica como una manifestación pragmática.

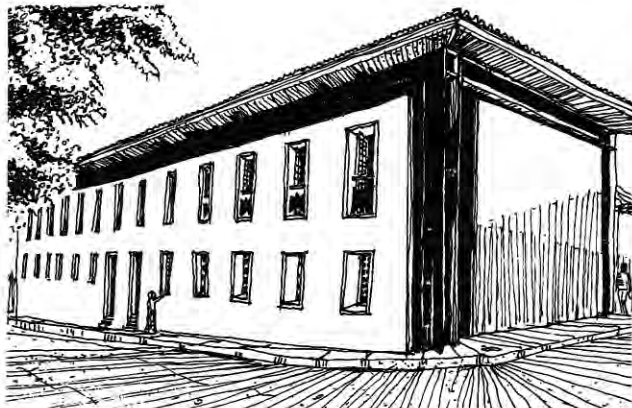
El concepto de regionalismo crítico se caracteriza por un deseo de autonomía, capaz de proponer el aislamiento de la manifestación arquitectónica frente a las innumerables tendencias presentes en un mundo donde la comunicación acorta las distancias y las fronteras entre los lugares y las ideas. Un separatismo irreflexivo puede simplemente caer en exotismo. Por eso, pienso que el regionalismo en la arquitectura debe entenderse solamente como un esfuerzo de reconocimiento de la diversidad, la caracterización de algo singular en el interior de lo todo: la práctica de algo específico que se integra e interactúa en una dimensión más amplia.

#### MUNDOS APARTES

Una anécdota sobre los ingleses muestra la autosuficiencia de aquel pueblo. Durante la Segunda Guerra Mundial hubo una interrupción de las telecomunicaciones con sus aliados en Europa. Inmediatamente el telegrafista británico envió el siguiente mensaje al cuartel general: «El continente está aislado». Mi impresión sobre el conjunto de los países que forman América Latina es que cada uno se pone en la posición del telegrafista inglés. El argentino Mario Buschiazzo, en su Historia de la Arquitectura Colonial en Iberoamérica (publicada en 1961), dedica un corto capítulo a la arquitectura de Brasil. El título de este capítulo se llama «Un mundo aparte». Lo contrario es asustador, excepto una investigación hecha en los años 70 por Aracy Amaral, ningún libro de arquitectura escrito en Brasil se ha dirigido al mundo hispanoamericano. Y no hay eviden-



Casa de Júpiter, Pinar, Brasil. Arq. Oscar Coladillo Basso, 1985



Palacio Arzobispal. Mariana, Minas Gerais, Brasil. Arq. Eolo Mias, M. Josefa de Vasconcelos y Silvio Ernich de Podestá 1983-88

cias de que exista de hecho o de que se haya iniciado una real integración latinoamericana. El escritor mejicano Carlos Fuentes ha señalado de manera perspicaz las diferencias en el mundo latinoamericano con esta frase: «Los mejicanos descienden de los aztecas, los peruanos de los incas y los argentinos de los barcos». En reciente artículo a la prensa española, ha destacado la oportunidad histórica de que su país se integre al libre comercio y a la apertura de los mercados internacionales, sin ningún vicio nacionalista. Ha colocado en orden de prioridades: primero, con los Estados Unidos, después con Europa y con la cuenca del Pacífico, y por último «una integración latinoamericana, que todavía tiene que hacerse», según lo que él ha constatado.

Es frecuente en los ensayos, debates y encuentros de arquitectura latinoamericana discursos que proclaman la necesidad de que nos conozcamos mejor, de que busquemos una integración entre los arquitectos latinoamericanos. Lo fundamental es: «unidad en la diversidad», o «diversidad en la unidad». Esto denota que los arquitectos latinoamericanos tienen intereses comunes y conflictos que preocupan a todos y que las tareas en común no dejarán de lado las contribuciones que las distintas regiones pueden ofrecer. No obstante, una lectura al revés puede develar otras caras: nos conocemos tan poco en profundidad, que evocar la diversidad es un síntoma de malestar, un paliativo para atenuar el choque entre las partes; la unidad es una pretendida «identidad latinoamericana», que nos une como región arquitectónica, y que carece, hasta el momento, de una perspectiva adecuada.

### NINGUNA IDENTIDAD

La cuestión no es buscar una identidad común, forjar una autoimagen personal con una norma instituida, que nos conduzca al proceso de interacción latinoamericana. Esto es crear una coherencia ideológica que disimula las contradicciones, oculta las diferencias e instituye la certeza que elimina la conciencia histórica. Bien, la percepción de lo desconocido, «el otro» (cada uno de nosotros se considera «el otro» en América Latina) es la condición de comprenderse así mismo (y a nosotros) y esto exige un trabajo de esclarecimiento sin miedo de interrogar el presente y el pasado y desafiar cualquier proyecto ideológico que nos defina como una totalidad homogénea. El narcisismo es enemigo del sentido común, no debemos buscar identidades entre fenómenos similares, sino relaciones sistemáticas entre fenómenos diferentes. Proceder a una integración en el ámbito latinoamericano parte de una aparente paradoja: la profundización de las diferencias. Es por las diferencias, la comprensión del otro, que vamos a conocernos mejor.

Claro que no podemos caer en un relativismo exacerbado que nos deje sin cualquier referencia o nos conduzca a posiciones ortodoxas regresivas. La unión de las regiones presupone mecanismos que establezcan vínculos de solidaridad entre ellas. En la medida que la falta de conocimiento mutuo debilita las relaciones de proximidad y favorece las relaciones hacia fuera de estas regiones, se repite el proceso de hace siglos: cada región se vuelve en una actitud de dependencia hacia su (s) metrópoli (s), que en el

americano: «Colonizar es pura y simplemente dejar para atrás las chinelas e incurrir en la aventura. El sabio, el artista, colonizan todos los días. Descubrir, luego revelar. Revelar, en consecuencia cambiar la cara de las cosas. Cambiar la cara de las cosas, dar al ayer un mañana». Su semántica no tiene parangón con la de los estudiosos de las ciencias sociales. Pero si creemos en el arquitecto francosuzo, nos resta todavía una inmensa tarea de colonizar nuestro continente.

NOTA: Los dibujos que ilustran el presente artículo son de Pilar Cudrill, y provienen del libro *Modernidad y Postmodernismo en América Latina. Estado del Debate*. Editado por Escala, en su Colección *Historia y Teoría Latinoamericana*. Bogotá, Colombia. Agosto de 1991.

mundo contemporáneo no son Portugal y España.

Le Corbusier, a bordo del navío que lo llevaba a regreso a Europa, después de su estadía en Argentina y Brasil en 1929, escribió en el manuscrito llamado «El espíritu sud-

